

Obituarios a destiempo

Yo sé que nunca

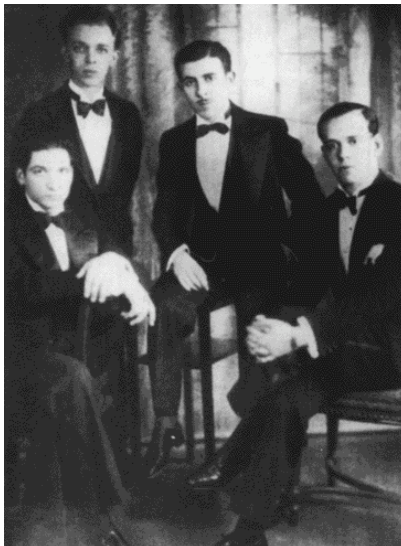
Sealtiel Alatraste

5 de abril de 1932:

*Muere, asesinado, el compositor
yucateco conocido como Guty Cárdenas.*

No sé cuándo empecé a ir a La Ópera, la cantina que está en 5 de Mayo. Quizá fue cuando Carlos Fuentes dio un coctel en honor de William Styron. Había leído *Las confesiones de Nat Turner*, me colé con un amigo, y desde un rincón vimos a Fuentes, a Cuevas, a Styron, a los meros meros de la cultura de entonces, departiendo amablemente. El movimiento del 68 se había extinguido, y aquella fiesta era una especie de reivindicación de la libertad de los escritores para reunirse. No sé, como digo, si ésa no fue la primera vez que la visité, pero lo que sí es cierto que desde entonces, La Ópera tiene para mí un sabor literario, ciertamente mítico. Ahí también Guillermo Schavelzon me presentó a Ugné Karvelis como el personaje en el que Cortázar se había inspirado para dar cuerpo a la Maga. Era una mentira que me creí todita; fue después de una de las primeras Ferias del Libro de Minería, en una reunión casual que se organizó en La Ópera. Yo tomaba cubas a mansalva y, medio obnubilado por los brocados rojos de las paredes del fondo, veía a Ugné pensando en cómo habrían sido sus encuentros casuales con Oliveira. Estas experiencias —llamémoslas operísticas— dan cuenta de mi ingenuidad cuando se trata de creer en invenciones que me seducen inmediatamente, y me permiten entrar en nuestro tema: la siniestra y nunca explicada muerte de Guty Cárdenas.

Entre estas historias que escuché en La Ópera, la que me contó Tomás Pellicer (sobrino del vate de Villahermosa) es, si no la mejor, sí la más romántica.



Nilo Menéndez, Adolfo Utrera, Guty Cárdenas y Juan Navarro

No sé si el visitante consuetudinario (o no) haya notado que en el techo de La Ópera hay varios orificios que, se dice, son la huella de algunos balazos trágicos. A mí me los enseñó Tomás, un sábado en la mañana, cuando en el trabajo dijimos que teníamos una cita con un cliente y nos fuimos a beber bules a la cantina. “Aquí mataron a Guty Cárdenas, el de la trova yucateca”, me dijo Tomás tomando tragos pequeños de su tarro. “¿Por qué lo mataron?”. “Por mujeriego. Por querer olvidar a una mujer con otras”. “A nadie lo matan por eso, Tomás”, respondí con cierto enfado. “Pus a Guty sí”, contraatacó Tomás:

Ahí están esos balazos como recuerdo, nadie los ha querido quitar para que no nos olvidemos del negro suceso. Mra, Guty se metía con cuanta mujer se le ponía enfrente para olvidar que estaba enamorado de su hermana. A ella le dedicó la canción que dice: *Yo sé que nunca besaré tu*

*boca, tu boca de púrpura encendida, yo sé que nunca... etcétera. ¿Cómo, me preguntarás tú, la iba a besar si era su hermana? Pus por eso se volvió mujeriego, para olvidarla, y se metió con la vieja de un general muy bragado que, a pesar de que Guty era tan románticón, no le hizo caso la maldita. Un día, aquí estaba Guty cantando su famosa canción, *Yo sé que nunca besaré tu boca...*, y el generalazo que lo escucha, cree que se refiere a su mujer, se le acerca, le da un botellazo en la cabeza, y ¡pácatelas!, se lo escabecha de tres tiros.*

Me volví a ver los agujeros del techo y pensé que el general debía tener muy mala puntería, pues el buen Guty debió haber estado sentado en una de las mesas y no había forma de que los disparos llegaran al techo. Miré, en la barra, al cúmulo de parroquianos que mataban la mañana bebiendo parados o participando en el torneo de albures con el cantinero para ver si le sacaban una copa gratis. “Pinche, Guty”, me dije, “¡qué perra suerte!”.

Debo confesar que creí la historia de Tomás Pellicer a pié juntillas, y cuando invito a alguien a La Ópera, lo llevo a esa especie de mesas de conspiradores que hay en el fondo de la cantina, y le vuelvo a contar la historia del trovador: “La vida de Augusto Alberto Cárdenas Pinelosta”, digo señalando los agujeros del techo, “mejor conocido por el nombre artístico de Guty Cárdenas, se caracterizó por su brevedad y despropósito. Nació en Mérida, Yucatán, el 2 de diciembre de 1905, en el seno de una familia acaudalada. Fue descubierto por Ignacio Fernández Esperón, alias *Tata Nacho*, quien lo convenció de venir a la Ciudad de México a probar suerte. Aquí logró triunfar gracias a su voz y a la calidad